

## **La influencia del destino en dos personajes de la novela, *Donde deben estar las catedrales* de Severino Salazar**

Felipe de Jesús Ricardo Sánchez Reyes<sup>1</sup>

*¿Quare de vulva eduxisti me?, ¿Por qué me expulsaste de tu matriz?* No sé si deba estarte agradecido por haberme dado, sin que yo lo pidiera, esta hermosa pesadilla que se llama vida” (p. 60). “Lo más bello de la vida es que ignoramos nuestro *destino*” (p. 26), afirma Crescencio en la novela de Severino Salazar, *Donde deben estar las catedrales*.

En el pensamiento arcaico griego, la maldición de los padres, aseveran Maurizio Bettini y Giulio Guidorizzi en su libro, *El mito de Edipo*, es una enfermedad hereditaria que se transmite a los hijos. Por esa razón cuando Layo rapta y viola al hijo adolescente de su amigo Pélope, éste lo maldice. Así Layo recibe la maldición que la transmite a su hijo Edipo y a sus nietos, quienes “al nacer, llevan en su interior la semejanza del que los ha precedido: pues de padres a hijos se transmiten las culpas y *el destino*” (p. 35).

Esta arcaica maldición griega o *destino* se repite en los personajes del santo y Crescencio Montes en la novela de Severino Salazar. En ella el santo, con ciertas reminiscencias de Edipo, hereda el *destino o la culpa de sus padres prófugos y expatriados*, por eso expresa en latín su rechazo a nacer. De igual modo, Crescencio adquiere la culpa o destino de su madre que lo procrea fuera del matrimonio con un hombre rico.

Severino Salazar, usando como pretexto el suicidio amoroso de Baldomero Berumen, se pregunta en la obra ¿qué es la vida y el destino? Él, mediante frases poéticas en su texto lírico, pulido, como piedra de río, externa su visión filosófica, profunda, acerca de la vida a través de sus dos personajes centrales: Crescencio y el santo, quienes reflexionan, dan la respuesta y concluyen que la vida resulta pesimista, sin sentido.

Por esa razón en esta ponencia pretendo demostrar la influencia del destino a través de la visión pesimista de Crescencio y del santo. Para ello he dividido mi

---

<sup>1</sup> Maestro en Literatura Iberoamericana. Académico del CCH Azcapotzalco.

ponencia en tres partes: su destino funesto, su misión en la vida y lo que ambos hallan en el amor y en la vida.

#### PRIMERA PARTE. SU DESTINO FUNESTO

Revisemos y analicemos en esta primera parte el destino que la madre del santo y Doña Avelina fijan a sus hijos; ellas anuncian dolor y tragedia para sus hijos y para los otros.

Iniciemos con el santo. En el momento en que su madre y su padre hicieron el amor y se quedaron dormidos, la madre corrobora el destino funesto de su hijo por medio de un sueño. Cuenta la novela, “La mujer [...] entre sollozos y gemidos refirió a su esposo el sueño: que había quedado preñada e *iba a parir un hijo tan pérfido y desorientado que, cuando comenzara a crecer, causaría su propia perdición, la de sus padres, la de todo el pueblo y la de todos los humanos que se cruzaran por su camino, [...] así era el destino de terrible en sus designios. Los dos, en secreto, creían que era la mano de la *venganza divina*” (p. 107).*

De este modo el santo, desde que es engendrado, carga con la culpa y el destino funesto de sus padres, religiosos, prófugos, con nombres cambiados y expatriados de España porque “escondían su vergüenza”, su pecado. El padre había sido fraile; la madre, monja, y desde que se unió a su marido estaba asustada “por su gula carnal”. Posteriormente el niño manifiesta su rechazo a nacer, pues cuando la partera le asentó tres nalgadas para que llorara, él no llora.

De igual manera, el nacimiento de Crescencio también origina desgracias en la casa de su madre. Confiesa Doña Avelina el destino funesto de su hijo Crescencio cuando nace: “Tu nacimiento me anunció la muerte. Traías la muerte contigo. Fui a aliviarme a Juan Chorrey para que me cuidara mi hermana, y cuando regresé contigo en los brazos un olor horrible recorría la casa. Los pájaros habían muerto de hambre y ahora estaban en los fondos de las jaulas cubiertos de asqueles (hormigas). Tú y yo éramos culpables de su muerte” (p. 48). Crescencio, hijo natural y pobre, también carga con la culpa y el destino triste de su madre Avelina, que lo engendra fuera del matrimonio con un hombre rico que, cuando muere lo reconoce y lo saca de pobre de la noche a la mañana.

Como vemos en esta primera parte, ambas madres anuncian un destino funesto para sus hijos, quienes desde que nacen, son desgraciados y causarán la desgracia a los demás, pues vienen al mundo con ese don terrible. En ellos se convierte en ley la frase de Severino en la novela, “hay gente que desde que nace empieza a pensar en su sepultura (p. 45)”. Así ambos, de manera inconsciente, manifiestan su repudio a ser expulsados del vientre materno que les prodiga seguridad, abrigo y amor. De allí su rechazo a nacer, a ser desamparados y a salir al mundo inhóspito. Si las culpas o pecados de sus madres nos anuncian desde la procreación o el nacimiento la desgracia de sus hijos, como en la tragedia griega, el comportamiento y actos posteriores de ellos en su infancia, adultez y suicidio, los reforzarán en la segunda parte.

#### SEGUNDA PARTE. SU MISIÓN EN LA VIDA: infancia, adultez suicidio

Pasemos a la segunda parte de esta exposición, la misión de ambos en la vida. Si en la primera parte Severino prelude el destino funesto de los hijos, heredado de sus madres culpables, en esta segunda parte aparecen la desdicha y los desastres que causan, porque portan el dolor y la muerte en su infancia, adultez y el suicidio.

En su infancia el santo se niega a probar la leche materna. Cuando crece no habla, ni demuestra estar feliz, triste o enfermo, se rehúsa a pronunciar una sola palabra. Hasta que un día el niño pronuncia nítidamente la frase latina que los labios del sacerdote evitan pronunciar: “*Quare de vulva eduxisti me? ¿Por qué me expulsaste de tu matriz?* Con el tiempo iba a crecer y a desarrollarse para llevar a cabo su obra de destrucción” (p. 109), afirma Severino en su novela. El santo no recibe afecto de sus padres, porque ya están viejos, por eso le consiguen un preceptor, carente de afecto, que le refuerza el destino triste de su vida y le enseña el odio hacia el prójimo.

En cuanto a Chéncho, jamás se menciona su infancia ni una expresión de cariño de la madre hacia él. Sin embargo, esta frase latina une inconscientemente también a Crescencio, quien detesta su vida. Pues cuando éste la halla por casualidad, inscrita en uno de los relieves de la catedral que repara don Mariano, le gusta para ponerla en la tumba de su amigo Baldomero que se suicida la noche de bodas con su puñal.

Durante su infancia ambos carecen de afecto de sus progenitores y de la población, tan necesario para el desarrollo emocional sano del niño, tampoco hallan

algo grato. Además esta frase latina resume la visión pesimista de ambos personajes en la novela, y es su protesta porque la vida carece de sentido para ellos.

En la etapa adulta refuerzan su destino cruel y continúan su destrucción con personas y animales. El santo no ama, destruye: mata a leñazos al amansador de caballos, azota a los animales del corral, desbarranca a sus padres, vende toda su riqueza paterna para obsequiarla a los pobres, es corrido por el posadero “por toda la infelicidad que había llevado consigo a su casa y la ciudad” (p. 118), mata al comendador anciano, amigo de su padre, pues afirma, “nuestra misión es destruir. Adentro de nosotros siempre se está generando la destrucción” (p. 125). Al final, después de causar la muerte, él se queda “mudo, no lo hacían pronunciar ni una sola sílaba, se negaba a hablar, [...] porque no había nada, ninguna palabra adentro de él” (p. 122).

Crescencio, por su parte, una mañana atrapa a un mosquito que no lo había dejado dormir en la noche, “primero, le corta una pata, luego una ala, en la tarde le corta otra pata y la mitad de la otra ala” (p. 49). Más tarde vacía los ojos a sus pájaros para que cantaran más. Luego rompe los huevos de sus aves canoras ante su criada Ventura, para “detener la vida”, porque “están presos y ciegos, y no sabemos si el ruido que hacen es un canto o una queja” (p. 57).

Posteriormente, Chencho, más por saña inconsciente que por amor al prójimo, patrocina el sufrimiento de José de la Torre, por eso paga al doctor las operaciones y curaciones, mientras “José de la Torre gritaba que lo dejaran, que no le hicieran la lucha, que le permitieran morir” (p. 49). Finalmente, después de la muerte de Baldomero, corre a sus pájaros finos de las jaulas, no en primavera para que tiznaran el cielo con sus alas, colores y música en fuga, como afirma Baricco en su novela *Seda*, sino en invierno para que se murieran en los potreros, patios y corrales vecinos. En esta etapa ambos refuerzan que la vida carece de sentido, porque viven sumergidos en las experiencias dolorosas de su infancia, por eso ambos matan y causan la desolación en su comunidad.

Y el suicidio, cada uno se suicida de distinta manera. El santo, al final, después de causar tanta desolación, de acudir “a los prostíbulos de Jerez” (p. 121), de trabajar de alarife en la construcción de la catedral y en las minas, se suicida: “en la prisión

taponeó sus fosas de la nariz con cera, quemó su lengua y garganta con aceite hirviendo. Como ya no quería ver ni escuchar, con dos púas de maguey reventó sus oídos y sus ojos los frotó con la arena candente del desierto” (pp. 127-128). Se suicida porque no halla sentido a la vida, al contrario “desprecia la vida y el mundo con toda el alma” (p. 112).

En el caso de Crescencio su suicidio pasa por varias fases: tristeza, intento de suicidio, enojo, dolor y suicidio. Él considera que su vida está llena de tristeza y, para calmarla, recurre a la única salida que conoce: el canto de las aves. Si los hombres orientales, asevera Alejandro Baricco en su novela *Seda*, “para honrar la fidelidad de sus amantes les regalan pájaros finos y bellísimos” (p. 46), Crescencio “cada vez que está triste, que la vida se sale de sus engranes” (p. 45), compra un pájaro a Luciano Vázquez, y llena su casa de pájaros y jaulas. Esto demuestra que la tristeza nunca le abandona y refuerza que “*sus órganos para manifestar la pena estaban atrofiados, destruidos*” (p. 14).

Esta tristeza se convierte en un primer intento de suicidio que ronda por su mente. Una tarde él visita al cura quien le recrimina, cito, “Y recuerda que sólo pensarlo ya es un grave pecado. Es un acto de negación. *¿Y quiénes somos nosotros para negar la vida? Únicamente Dios tiene ese derecho. Arrepíentete de esos pensamientos y reza hasta que sientas que has sido perdonado*” (pp. 36-37).

Su intento de suicidio se transforma en enojo. Pues, cuando se enamora de Baldomero y no es correspondido, increpa a su dios: “Quiero ahora toda la alegría, toda la paz, todo el amor. [...] Dame aquí, alienta un poco *este tiempo miserable con un poco de esa alegría eterna*, [...] no quiero Tu reino. No me interesa [...] Esta locura (amorosa) que me devora, si no me la diste Tú ¿entonces quién me la dio?” (pp. 50-51).

Su enojo se convierte en dolor. A partir del suicidio de Baldomero, “los sollozos reprimidos salían del centro de su estómago y alcanzaban a salir apenas por su boca” (p. 51), y confiesa: “¿Qué si toda la vida fue sólo una larga espera sin premio, sin sentido? [...] hablaba así porque tenía boca y *muchos sentimientos sin usar, almacenados*” (p. 51). Se siente completamente solo en el mundo, se ensimisma en su

dolor y sufrimiento, porque “le atrae irremediabilmente todo *el sentido trágico de la vida*” (p. 20).

Este dolor se transforma en suicidio, por eso él ya no sale de su casa, “su cuerpo y su cara se iban hinchando [...] el mundo se iba quedando quieto (p. 74) [...] El cáncer lo dejó parálitico de la cintura para abajo” (p. 78). De este modo, la hinchazón de su cuerpo y del rostro indica que no deja fluir la vida, sino que se aferra al pasado y a su pena amorosa. Su parálisis revela que no quiere vivir el presente, modificar su actitud pesimista, salir de los lugares cerrados (su casa, su pueblo y su alma), ni conocer a otras personas que le ayuden a aliviar su pena. Al contrario, se aferra al dolor, se rehúsa a salir y a tener contacto con la realidad. Su alma y su cuerpo protestan ante la falta del objeto amoroso.

Su intento de suicidio inicial, finalmente se consuma, al dejarse morir, “sentado en un sillón del cuarto de su casa, solo y *sin amor*” (p.79). Muerto el amansador, único ser que le daba sentido a su vida, él se llena de miedo; su cuerpo se inmoviliza, se hincha y muere. Es un suicidio de amor, porque el objeto amoroso muere y su vida con el exterior pierde sentido. Así, ante el amor no resuelto con Baldomero, emocionalmente él se genera el cáncer, debido a la herida profunda que le deja la persona amada, al resentimiento con su madre y la sociedad que no le proporcionan afecto sino odio. En el caso de ambos, “*el destino* se queda callado hasta el momento final en la vida de la historia personal” (p. 76).

En esta segunda parte observamos que ambos personajes refuerzan el sin sentido de la vida, se rehúsan a vivir, se aferran al dolor. Su misión es causar dolor y muerte a los demás, infligirse dolor a sí mismos, y terminan suicidándose, porque les atrae el destino trágico de la vida y el destino que les anunciaron sus madres desde que nacieron.

### TERCERA PARTE. QUÉ HALLAN AMBOS EN EL AMOR Y EN LA VIDA

Ahora pasemos a la tercera parte de nuestra exposición. ¿Qué hallan Crescencio y el santo en el amor y la vida? Para el santo el amor no es importante, porque jamás encontró el amor en sus padres ni en persona alguna, por eso asevera, “El *amor* es sólo un estorbo a la comprensión del mundo, es como una gruesa venda que se ponen los

hombres sobre los ojos para ignorarlo todo, para perderse un rato, para evitar el engaño” (p. 124).

Mientras que para Crescencio el amor es lo más importante, pues sólo halla un momento de amor en la persona de Baldomero y asevera, “tal vez el amor nos haga ver por un instante la eternidad. O tal vez el amor es la consolación a cambio de no ver nunca la eternidad” (p. 79). Por eso cuando el charro se suicida, siente que ha perdido su centro en el Universo y que “le han arrancado un miembro de su cuerpo” (p. 65).

Después del entierro de Baldomero, él “sintió que el mundo se había transformado en un lugar áspero, torpe” (p. 65) “Desde ese día Chencho cambió su actitud ante la vida, o más bien dicho, ya no había actitud. Había en su cara una transformación, un aburrimiento insoportable” (p. 67). Entonces descubre que necesita la presencia, la mirada de Berumen para sobrevivir, pero jamás conocemos un acto de afecto o palabras de amor por él, por su madre, por sus amigos de la tienda, ni por la población, porque su vida está dominada por el coraje inconsciente contra su origen.

En lo que se refiere a la vida, el santo manifiesta que en su vida el preceptor le demostró que “el hombre sólo venía al mundo a causar destrozos (p. 111). Por esa razón aprende “a despreciar la vida y el mundo con toda el alma” (p.112), porque “el hombre está rodeado de miseria al nacer, a lo largo de su vida y al morir; su nacimiento era inmundo, su vida perversa y su muerte peligrosa” (p. 113).

También Chencho sabe que la vida es absurda, sin sentido y un fracaso. Se pregunta y se responde: “¿Y qué puedo ya hacer ahora si hice de esta vida, que me fue encomendada por Dios, un fracaso? Nada” (p. 69). Luego se pregunta: “¿Qué he esperado de *la vida*? Tal vez no haya nada que esperar, tal vez ahí está el error (p. 70).”

Y en cuanto a su visión final de la vida, el santo afirma “nuestra misión es sólo destruir. Adentro de nosotros siempre se está gestando la destrucción” (p. 125). Mientras que la visión de Crescencio se condensa en estas dos citas “La vida había sido una equivocación de principio a fin, una aberración absurda” (p. 59); y “Casi al final yo también puedo decir que no valió la pena” (p. 60).

Ante las afirmaciones de Chenchó y el santo, Severino manifiesta su visión de la vida. “*El mundo* es un lugar y hay que pasar por él (p. 81). “Siempre habrá alguna gente feliz y contenta en este pueblo” (p. 92), “Al final de *la vida* se reconcilian todas las contradicciones, se atan todos los cabos, se aclaran todos los misterios. El tiempo todo lo alisa, todo lo pule” (p. 100).

Para concluir, a través de este análisis observamos que ambos personajes resultan pesimistas a causa del destino u origen culpable de sus madres, excesivamente religiosas; que su “*destino* ya estaba marcado” (p. 114) y “se está cumpliendo” (p. 117), como el de Edipo; y que a causa de su desdicha, ellos provocan la destrucción en su comunidad.

Además descubrimos la visión filosófica de Severino Salazar acerca de la vida. En eso radica tanto la trascendencia de su novela, como la universalidad de sus ideas, en hallar respuesta a las preguntas que nos formulamos acerca de nuestra existencia. Para terminar, encontraremos esta respuesta en su novela, “*No sé si deba estarte agradecido por haberme dado, sin que yo lo pidiera, esta hermosa pesadilla que se llama vida*” (p. 60), “*Lo más bello de la vida es que ignoramos **nuestro destino** hasta el último momento. Aunque nosotros mismos lo vayamos eligiendo a cada paso*” (p. 26)”.



### **Fuentes consultadas**

- Bettini Maurizio y Giulio Guidorizzi (2008). *El mito de Edipo. Imágenes y relatos de Grecia a nuestros días*. Madrid: Akal.
- Conde Ortega, José Francisco. "Severino Salazar: el mundo sí es un lugar extraño" en Homenaje a Severino Salazar. *Casa del tiempo*, octubre 2005, pp. 78-80.
- Cooper, J. C. (2002). *Diccionario de símbolos*. México: Gustavo Gili.
- Freud, Sigmund (1987). *Esquema del psicoanálisis*. México: Paidós.
- García Gual, Carlos (2007). *Introducción a la mitología griega*. Madrid: Alianza Editorial.
- García Gual, Carlos (2011). *Diccionario de mitos*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Herrera, Alejandra (1995). "Los mitos y obsesiones de Severino Salazar" en *Tema y Variaciones de Literatura*. México: UAM Azcapotzalco, pp. 65-78.
- Herrera Alejandra. "Yalula o la mirada de Severino Salazar en el universo femenino" en Homenaje a Severino Salazar. *Casa del tiempo*, octubre 2005, pp. 75-77.
- Lagache, Daniel (1988). *El psicoanálisis*. México: Paidós.
- Leal, Luis, "Viaje al pasado: Libro corazón de Severino Salazar" en Homenaje a Severino Salazar. *Casa del tiempo*, octubre 2005, pp. 62-64.
- Marquet, Antonio. "Severino Salazar: 1947-2005" en Homenaje a Severino Salazar. *Casa del tiempo*, octubre 2005, pp. 68-70.
- Paredes, Alberto (1990). "Severino Salazar" en *Figuras de la letra*. México: UNAM. pp. 160-163.
- Paredes, Alberto (2011). *Pro Severino*. México: CNCA-Juan Pablos.
- Rodhe, Teresa (1990). *Tiempo sagrado*. México: Planeta.
- Rudoy, Miriam. "Severino Salazar: memoria de un tejedor de historias" en Homenaje a Severino Salazar. *Casa del tiempo*, octubre 2005, pp. 71-73.
- Salazar, Severino (1984). *Donde deben estar las catedrales*. México: INBA-Katún.
- Salazar, Severino (1984). *Ensayos y artículos reunidos*. México: CNCA-Juan Pablos.
- Scot, Ridley (1982). *Blade runner*. Estados Unidos: Warner Bros, 117 minutos.
- Tallaferro, A. (1990). *Curso básico de psicoanálisis*. México: Paidós.-
- Torres Medina, Vicente Francisco (2007). "Severino Salazar: el sentido de la vida" en *Esta narrativa mexicana*. México: Eón-UAM Azcapotzalco. pp. 323-344.
- Torres Medina, Vicente Francisco. "Dos décadas con Severino Salazar" en Homenaje a Severino Salazar. *Casa del tiempo*, octubre 2005, pp. 65-67.